

GERMAN ARCINIEGAS

## "EL ENCUENTRO DE DOS CULTURAS"

37

Cuándo me invitaron a tomar parte en esta reunión, me pregunté ¿qué tenía yo que ver con esto de las artesanías? Y lo único que, en realidad, me aproxima a ustedes y que descubrí investigándome, es que soy un coleccionador de jugueticos de barro. Lo que sí, podría escandalizarlos diciéndoles que hace más o menos unos 60 ó 70 años, escribí un pequeño artículo sobre los caballitos de Ráquira, porque fue mi primera aproximación a las artesanías populares. Hablar de un cierto pueblo de Ráquira en donde la población conservaba y aún conserva la tradición de hacer en barro, lo que le dicta su ingenio. Cuando por primera vez estuve en

Ráquira me llamó la atención la manera cómo los habitantes de la región se expresaban respecto de los patrones de las haciendas, de "su merced" -la señora de la casa-

Encontré, que era la manera irónica, la única que tenían ellos de burlarse del dueño de la hacienda. El peón eventualmente podía montar a caballo. En realidad, montaba en burro. Desde luego, se monta a caballo y se monta en burro. Hay una diferencia grande en el idioma y yo me preguntaba -como estudiante entonces- por qué se monta a caballo y por qué se monta en burro.

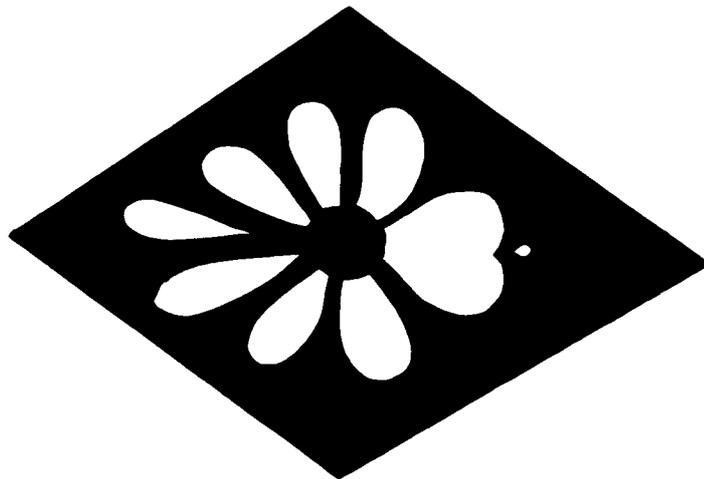
Se monta a caballo porque es una cosa superior. Uno ve al hombre a caballo y ve al peón en burro, y esa diferencia social ya está indicando en el lenguaje que una cosa es el que va en burro y otra cosa es el que va a caballo. En la misma forma, se puede explicar de qué manera el que hace un juguete en barro puede reírse del patrón; cómo no podría hacerlo sino en ciertas expresiones distintas del rendimiento en que lo hace cuando le habla a "su merced", el patrón, o a "su mercesita", la señora de la casa.

38 En la conservación del barro, como lenguaje del indio, hay una cosa mejor que en la del propio idioma. Hoy, cuando la artesanía va cediendo el campo a lo que es la producción puramente industrial, se le quitan esos instrumentos al buen humor de la clase campesina y surge la ex-

presión colérica cerrada; la vieja puerta de campo que daba escape en la educación popular se va encaminando a la masa campesina, a la reacción violenta. Cerrado el cauce sonriente en que el hombre podía expresarse de buen humor, pues lo hace de mal humor.

Creo que la educación campesina, la educación artesanal es una cosa buena y una de las causas que -encuentro- han contribuido a que el Japón pueda progresar, y que contribuye a estimular el hábito, la paciencia, en vez de la impaciencia, es, precisamente, la producción artesanal.

Esto se ve en la cestería. Cuando se observa la manera de trabajar un canasto, hay una cantidad infinita de paciencia que distrae a quien está entretejiendo



paja de manera que lo acostumbra a ser paciente; nosotros estamos empeñados en la educación a la impaciencia que produce resultados catastróficos en la vida social. He permanecido en el Japón y me ha impresionado cómo llegan los obreros a las fábricas y forman colas como seminaristas llegando al seminario. Además, el traje de los obreros se parece mucho al de los que visten de sotana. Traté de hacer averiguaciones sobre las huelgas. Una de las cosas que me llamó la atención fue la falta de insultos a los americanos. Nada que se refiera a su madre en las paredes. Me preguntaba cómo es esto, si está tan fresco lo de Hiroshima, ¿y la madre de los americanos qué? Los americanos parece que las tienen para los japoneses, respetables, pues es debido a los canastos. A que la gente no es impaciente y están acostumbrados a que en el mundo las cosas pueden ocurrir sin que haya esa desesperación tormentosa, característica de las sociedades donde está desapareciendo la artesanía, y está desapareciendo la fabricación de canastos a mano; están desapareciendo las esteras trenzadas con los dedos, cosa interesante como punto de reflexión para nosotros.

Siempre he soñado en Bogotá con un barrio parecido al barrio Español que vi en Madrid o Barcelona, donde se recoge todo lo que es artesanía en unas pocas

cuadras y se estimula y logra darle mayor realce a esa educación del pueblo.

Aquí se han hecho experimentos al revés, una vez, con la mejor buena voluntad, llegaron a Colombia unas gringuitas del Cuerpo de Paz a fomentar el trabajo artesanal y fueron a Ráquira. Naturalmente, no les gustó que nuestros alfarerillos gastaran horas haciendo los caballitos de barro, y los iniciaron en la fabricación de moldes para hacer 100 caballitos en el tiempo en el que ellos hacían uno. El resultado era sorprendente porque multiplicaban los caballitos a una velocidad comercial, y podían llenar los supermercados de animalitos que les producían un rendimiento satisfactorio.

39

Los caballitos perdieron su ironía, se acabaron los patrones petulantes y la autenticidad. ¿Para qué? Para muy poco. Siempre he pensado que lo bueno del idioma castellano es la manera como lo hemos manipulado nosotros para adulterarlo y convertirlo en un castellano a la manera Boyacense, a la manera de Otavalo, a la manera de Guadalajara, a la manera de Córdoba (Argentina), y hacerlo a nuestro gusto. De modo que llega el momento en que se distingue perfectamente en la misma manera en que en España se ve cómo es una persona, que viene de Murcia y se distingue de otra que viene de Sevilla. El de

Madrid no se va a confundir jamás con el de Córdoba. Nosotros, desde luego, jamás vamos a creer que un pastuso se nos pueda presentar como de Medellín. Inmediatamente, se sabe que el pastuso es pastuso y el de Medellín, paisa.

40 Dos animales totalmente distintos. Esto es lo bueno. Cuando la guerra de Franco, nosotros sufríamos con los republicanos españoles que llegaron a Bogotá. Pensábamos que para ellos era muy doloroso estar aquí, a tanta distancia de Madrid o Salamanca, obligados por el destierro a que se habían sometido huyendo de la dictadura Franquista. Para aliviarle el tormento a don Luis de Zuleta, le dije voy a llevarlo a Tunja. Estando en Tunja lo introduje a la Capilla del Rosario en Santa Clara. Pensé: la joya que tenemos nosotros de arte español más pura y más perfecta, dije yo, lo suelto en la capilla y a Don Luis se le olvida que está en Colombia. Le doy el gusto de volver en dos minutos a su España original. Metí a don Luis en el Santuario, me hice a un lado y me quedé esperando; don Luis, durante media hora no dijo palabra. Empezó con una cierta curiosidad y acabó perfectamente lelo. Miraba y miraba y miraba. Al final lo agarré de un brazo, lo saqué a la calle y le dije, y ¿qué? me dijo: "Estoy absolutamente emocionado y confundido, es bellissimo y aquí no hay nada

español." Claro que no había una cosa española. Mirando con ojo español, todo estaba lleno de espejitos que metían los indios entre la decoración para verse ellos y encontrándole unas ánimas y un misterio que nosotros creíamos que era el reflejo del arte español y eran trampas que ellos metían para verse metidos entre el altar. Los angelitos que nosotros creíamos cabecitas sevillanas eran de indios y resultaba que el perfecto arte español que nosotros estábamos mirando, don Luis sabía que era americano. La misma trampa le tendió un fraile dominico o franciscano -no recuerdo en el momento- Fray Pedro Aguado, que escribió la Conquista de Santa Marta, para nosotros el libro clásico donde se cuenta cómo se hizo la conquista del interior de la Nueva Granada. El libro fresco de la época en que Jiménez de Quesada salió de Santa Marta para fundar esta ciudad en donde se encuentran ustedes. Naturalmente, la frescura con que él lo escribió hace que para nosotros sea la obra clásica de nuestro Siglo XVI. Cuando cayó en manos de don José Ortega y Gasset, le proporcionó ratos extraordinarios de máximo interés, leyéndolo estaba en Buenos Aires, cuando fui a visitarlo, me dijo: "Fray Pedro Aguado me ha dado una gran sorpresa; cuenta de cómo en la época en que se descubrió esta tierra donde estamos cambió el idioma Castellano. Subir por el Valle de Magdalena

entre tigres y caimanes para llegar al altiplano y cómo se le metieran las niguas en los pies, era una experiencia no escrita. Las indias sacaban las niguas que paralizaban el ejército y por eso fue que llegaron aquí a pasos muy lentos, los españoles. Las niguas empezaban a hacerles cosquillas en los pies a los conquistadores y las indias se las ponían en el canto y sacaban las niguas, hurgando sus nidos entre la uña del pie y la carne, con tupos de oro. Sacadas las niguas, a los nueve meses, fueron viniendo al mundo los primeros mestizos-granadinos.

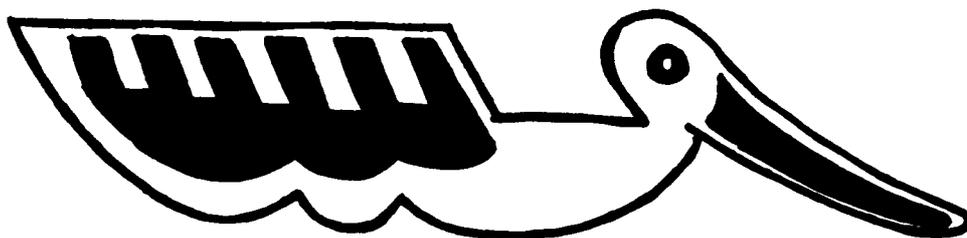
Se había producido el primer cruce de india y blanco. En medio de ese misterio se fundó esto y se llamó el Nuevo Reino de Granada. Lo cuenta Fran Pedro Aguado, y su libro es de encanto.

Al llegar los españoles encuentran que unos cerros tenían las entrañas blancas de sal, otros verdes de esmeraldas, las lagunas

con sapos y culebritas de oro al fondo."

Ortega y Gasset lo tenía en el libro muy anotado. Era muy teatral y me había preparado la escena. Casualmente me dijo: "Estaba leyendo esto" y sacó la gaveta y el libro lo tenía todo subrayado. Esto es fabuloso. Creí que me iba a hablar de las esmeraldas, pero no.

El castellano ha cambiado totalmente y me mostró cómo a las palabras que Santa Teresa usaba en un sentido, y Fray Pedro Aguado se lo cambiaba para decir otra cosa. Ortega estaba en lo cierto. Lo bueno del castellano nuestro es que nosotros empezamos a decir las cosas de otra manera, y entonces resultaron dos castellanos distintos, el de Santa Teresa ya, y el de los hermanos de Santa Teresa. Lo extraordinario es que resultaron dos castellanos: el de los que se quedaron y de los que se vi-



nieron.

42 Comenzó a surgir aquí una nueva España, patente en las artesanías, y el Estado que empezamos a ser y es de otra manera, es obra artesanal. Nuestra República por eso es tan distinta de la Monarquía. Lo nuestro está hecho con las manos, con las uñas. Deficiente por ahora. Se le ve el barro, se quiebra a veces, tiene menos oro. El oro se lo llevaron. Quedó el barro, popular, más bonito y nosotros tenemos que aprender mucho de lo que se hace con el barro. Sobre escribió más páginas sobre el Génesis cuya lectura recorriendo, son muy bellos.(sic) Creo que persistir conservando esas cosas, sin cerrarle el paso a lo que nos da el gran capital, como hacen los japoneses, podría ser la manera de mantener el equilibrio. Hay que tener paciencia sin matar la raíz de la ironía que hay en el fondo de la industria popular, como hay que tener cuidado grande en sostener la autenticidad en la lengua, la autenticidad en el arte.

Estamos manteniendo un cierto puesto conquistado por nosotros. Somos españoles. No me duele que nuestros tatarabuelos hubieran sido crudos y duros en el trato que le dieron a los indios: eran europeos y los europeos estaban acostumbrados a ser duros y groseros. Lo que hicieron aquí, no es nada comparado con lo que hacían allá

con sus prójimos. Nos duele que trataran mal a los indios, pero ustedes no saben cómo trataban a los suyos. A uno que hacía una pequeña ratería, le cortaban las manos, las narices, las orejas. No sólo en España, España era de una crueldad que no se puede imaginar, pero los ingleses eran peores. Un inglés se robaba un chelín y le cortaban las orejas. Por eso, son tan honrados ahora, vienen de la Escuela del látigo.

La cortada de orejas y narices, era de uso común y corriente. Aquí acabó por ser grande la reacción. Venían personas en cuyas carnes se habían cometido esas injusticias y reaccionaban. Aquí se reaccionó más contra la pena de muerte que allá donde era una de tantas penas, la tortura era normal, era el sistema de investigación corriente y fueron geniales para inventar torturas. No hay que hacer aspavientos así eran nuestros abuelos.

Dicen que nos descubrieron, pero no llegaron a descubrir a los americanos porque nosotros no estábamos, no habíamos llegado. Descubrieron a los indios. Nosotros no estábamos en la playa. Fuimos los que llegamos y nos fuimos descubriendo a nosotros mismos despacio; a medida que nos fuimos descubriendo, vimos que éramos mejores los que nos vinimos que los que se quedaron, entonces, éramos herreros, carpinteros, ebanistas, zapateros,

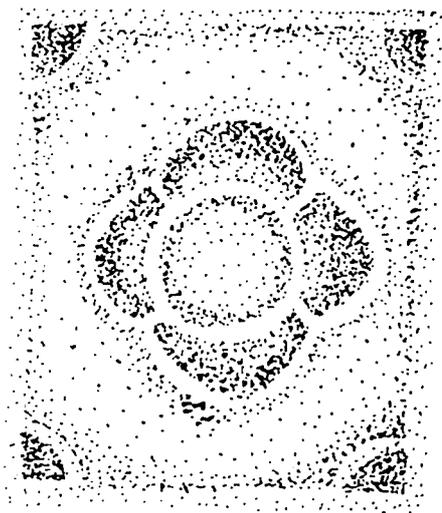
talabarteros. Se han perdido muchos de esos oficios, pero a Dios gracias recuerdo cuando aún era Bogotá una ciudad de talabarteros, de carpinteros, herreros. Los encuentro todavía en Nemocón, Villa de Leyva, Funza, donde quiera que voy, ojalá se conservaran algunos, entonces, las cosas serían más buenas. En Tenjo, me dice un vecino: soy hijo del que hacía los frenos, y los frenos de Tenjo eran de prodigio. Conocí al herrero de Mosquera, a quien yo hubiera querido levantarle una estatua: fue el que cortando las rejas de la alcantarilla del Panóptico ayudó a sacar los presos liberales que tenía Fernández encerrados cuando la Guerra de los Mil Días. Un herrero digno de figurar en la Historia de la Academia, artesanos fueron los creadores de la República. Hoy es difícil encontrar un buen encuadernador que le ponga buena pasta a un libro que quisiera conservar en la biblioteca. He soñado que se pudiera, detrás del edificio de los Ministerios llegando hasta las Cruces, tumbar cuatro o cinco manzanas y convertirlas en una prolongación del Museo de Artesanías. Hacer un pueblo de artesanos, revivir la platería, la talabartería, la ebanistería. Se ofrecen en Bogotá artesanías de todo el país, maravillosas, a veces.

Una venezolana emprendedora y genial vio en la Guajira unos modelos de alfombras, y le

parecieron tan buenas que hoy los telones de boca de los teatros de Caracas son obra de los tejedores de alfombras de la Guajira. Se reproducen en las revistas de París. En platería se hacen extraordinarias, la capacidad del artesano empezó burlándose del patrón y haciendo caricaturas mejores que las de los periódicos, poniendo en ridículo al dueño de la hacienda, y terminó convirtiendo en amable la Sagrada Familia y quitándole a la presentación convencional del cura, ofreció la alternativa de la íntima que en el calor del rancho alegra la vida del campesino. No hay nada más lindo que un nacimiento hecho en barro por un campesino.

A veces, la aceptación de lo ingenuo tiene reconocimiento universal. He visto tapicerías de

43



Chía, decorando Villas en París. Sencillamente por lindas. No es curiosidad de extranjeros. Tienen una belleza natural real, yo encontré y ¿quién no? Los caballitos de Ráqira correspondientes a las figuras de Tanagra del Museo de Louvre y a los

caballitos del Museo de Tokio, y no me avergüenzo decir que tienen la misma gracia, los de Ráqira que los Grecia, o los de Tokio, ustedes, tranquilos, sigan con sus artesanías que son buenas. ●

